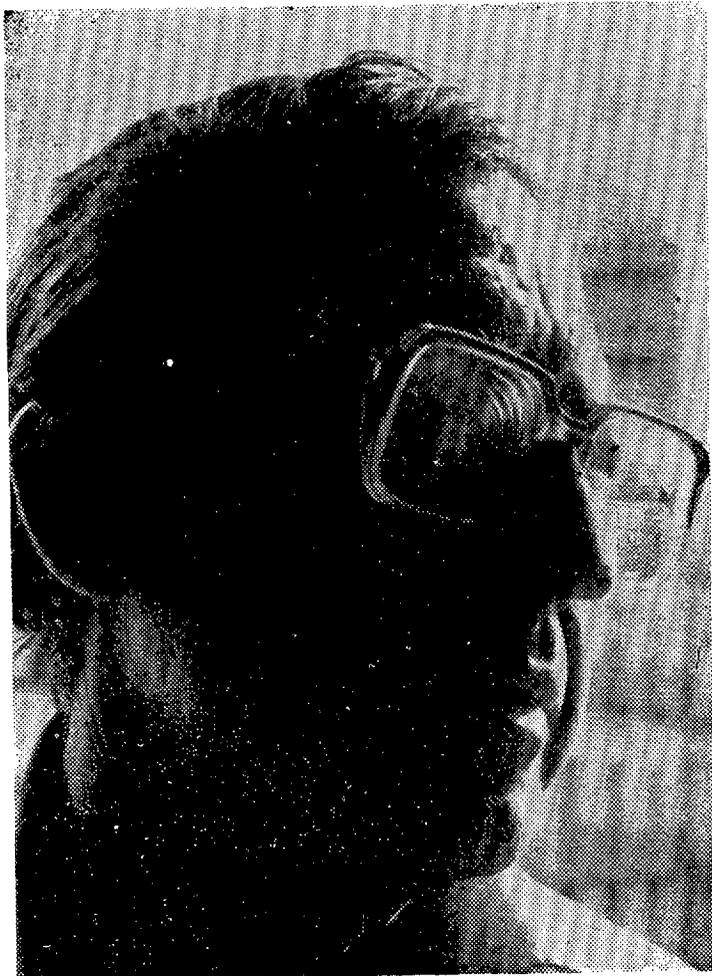


## Párraga:



COMO subido en la cofa de un barco, José María Párraga oteaba el horizonte de la Plaza de Camachos, desde la ventana de su estudio. Hasta que nos vio llegar. "¡Anda, baja y págate algo, hombre!". Y Párraga se pone en la calle en un santiamén. El limón granizado viene de perlas para combatir el calor de una murciana tarde de verano.

La aldaba del portal número ocho es una mano pintada de verde que contrasta fuertemente con la descolorida y vieja puerta. Es como el aviso al navegante de que arriba vive, trabaja, un pintor, un artista. Cuadros, dibujos, espátulas, pinceles, tubos de color... el clásico escenario de un taller donde, a simple vista, predomina el desorden. «Perdonad, pero sólo hay dos taburetes.» El se queda de pie, fumando y a ratos apoyado en una mesa. Creo que está nervioso. Esperando. Tomás limpia el objetivo de su cámara y José María baja la vista, en un gesto humilde y lleno de timidez. Lleva parte del pantalón plagado de puntitos multicolores. «Bueno, pues cuéntame tu vida...»

Y empieza, como si hubiese escuchado una orden. «Pues hice Magisterio y a los 17 años fui a la Escuela de Artes y Oficios. Empecé con Luis Garay, Ballester y Nuria Sureda, la profesora de cerámica... Hice un viaje con Pepe Belmar a Holanda. Y recuerdo que en Port-Bou dormimos en un cementerio. Estuvimos trabajando y viendo pintura y al volver empezaron a salirme encargos de murales, cerámicas y pirograbados. Llevo más de veinte años viviendo de la pintura.» ¿Y viviendo bien o mal? «Un mes con otro, saco treinta o cuarenta mil pesetas. Se puede vivir de esto. Aquí pago cuatro mil de alquiler, cuando puedo.» ¿Y regalas mucho? «Bueno, me cuesta mucho decir que no. Y creo que siempre me pagan más de lo que vale mi trabajo, tengo esa sensación. Lo que más me gusta es dibujar, pero también es lo que menos me cuesta. La gente lo que más pide es el dibujo, pero repito demasiado los temas». Siempre el pájaro, la mano o el rostro femenino. «Ni el pájaro ni la mano tienen significado para mí. La figura femenina quizá sea como un refugio continuo...»

Nos vamos de viaje otra vez. Es fácil leer en el interior de José María Párraga, es sencillo conocerle. Reboza humanidad por los cuatro costados. Aquel viaje en auto-stop, con Belmar, le dejó marcado, creo. «Vimos demasiadas cosas en muy poco tiempo y quizá no estábamos preparados, llegó un momento en que no digerí bien. Me supuso intentar romper con las formas que hacía; ahora intento llegar a una figuración. Aquello me dejó marcado, sí, me incomplejó. Ahora estoy en una etapa de repetición continua, me estoy quedando estancado, pero no me importa porque sigo trabajando. Me sobran encargos, la gente me presiona demasiado, pero lo acepto todo». Y regala mucho, demasiado. Tal vez porque —razón aparte— infravalora su obra, su trabajo. En una semana puede hacer cuatro o cinco pirograbados y ocho o diez dibujos. Y los vende, claro. «A veces me dan más de lo que pido, pero también yo me adapto a las necesidades económicas de la gente. Sí, quizá sea un fallo mío ser tan blando. Tal vez sea demasiado humano». Y te engañan, supongo. «O me dejo engañar. Alguien puede pensar que me engaña cuando a lo mejor el engañado es él, en la calidad. Soy generoso en muchas cosas, pero a veces también mezquino en

# «Me pagan más de lo que valgo»



otras sin importancia». Tiene palabras de agradecimiento para todos, para los murcianos en general y para sus compañeros los artistas. Trabaja por la mañana, por la tarde y por la noche. Y cuando está cansado, lo deja.

«Veo la pintura como un trabajo, más que como necesidad. Es lo único que sé hacer. Nunca he intentado hacer otra cosa. No sé ni conducir, ni lo he intentado nunca. Ni me preocupa. No tengo «hobbies», pero me gusta leer y oír música. Siempre trabajo con la radio puesta. Y el cine, según». Se presentó a las oposiciones de Magisterio, y le suspendieron. Sólo le quedaba el camino de la pintura. «Pintar es difícil, muy difícil para mí. Y no lo hago bien. Pero cuando pinto empleo más los sentimientos que la cabeza. Y eso es malo. Hay veces en que la gente ve en mi obra más de lo que yo quiero decir. Dice que le gusta más la pintura de los demás que la suya, y nombra a Molina, Ballester, Gómez Cano... «Me gusta cualquier tipo de pintura, pero valoro más la de los demás».

Sigue estando nervioso, detrás de sus inconfundibles gafas. Se le nota muchísimo, no puede remediarlo. Y es contagioso. Sigue en el mismo sitio y casi en la misma postura que al empezar. Sale a atender la puerta y vuelve a colocarse igual. Le pregunto que se defina como persona. «O sea, a veces soy abierto, o complicado, absurdo, le doy importancia a cosas que no la tienen. Otras veces soy huidizo, cobarde. Hago dibujos ingenuos, otras morbosos». ¿Y cómo crees que es la gente, cómo ves tú a los demás? Yo creo, o sea que las reacciones de los demás son producto del medio. La gente es buena. Creo que he perjudicado mucho a los que han estado a mi lado. Tuve complejo de culpa, pero ya me he liberado. Tiene sus dos muletilas, entonces y o sea, que utiliza mucho. Más cuando está nervioso, como ahora. Le hablo de política y me responde que estuvo en los campamentos del Frente de Juventudes. Y quién no, pienso. «He colaborado con todos, con los socialistas. Pero no me siento identificado con ninguno, les respeto. Prefiero las personas, no las ideas». ¿Suárez? Han sido demasiados los cambios que ha experimentado. Su postura debe ser difícil, por eso. Quizá sea más un técnico que un político. ¿Y Felipe? «A Felipe lo veo... Creo que está preparado, pero no lo sé. No opino». ¿Qué importancia le das al dinero? «Al principio no lo valoraba, ahora sí. Es necesario, lo necesito». ¿Te arrepientes de algo? «Sí. Me han perdonado cosas por ser pintor, cuando me debían de haber dado muchos cocotazos». ¿Qué te gustaría hacer? «Cuando pueda, pintar. Me refiero con óleos. Pero ahora me es más fácil hacer lo que estoy haciendo». ¿Qué pasaría si te quedaras manco? «Mira, yo estuve limpiando caballos, sementales, en el Ejército. Y lo hacía con la mano izquierda, para que no me pasara nada en la derecha. Ahora lo haría con cualquiera de las dos». ¿No son ya tus manos lo más importante para tí? «No, es la cabeza lo más importante». ¿Eres religioso? «Sí, antes sí. Y ahora no. La verdad es que no sé por qué. Bueno, creo que en el fondo todos somos un poco religiosos...»

ANTONIO LOPEZ  
(Fotos TOMAS)

## Comentarios de arte

## "MURCIA, ENCUENTROS EN LA CIUDAD"

Libro de Muñoz Barberán y Molina Sánchez, en Chys



COMO antaño se hacía con los pétalos, han querido estos dos buenos compadres que son Muñoz Barberán y Molina Sánchez, meter entre las páginas de un libro algo tan desmesurado como es su cariño por las cosas de Murcia. Difícil empeño éste de aprisionar en unos textos y unas ilustraciones algo que a los dos artistas les palpita y se les derrama a borbotones a cada momento. Pero al ver los resultados expuestos en los muros de la galería, le da a uno por pensar que si la matrona del Almudí no fuera tan despegada con los hijos propios, debería hacerles a los dos un huequeico en su regazo.

Están en este libro los paisajes y las gentes de Murcia entrevistados y evocados por los dos pintores. La Catedral con su floración petrificada, los mesones de hace siglos, los verdes jugosos de la Huerta, la hermosa dolorida de los pasos de Salzillo, el Olimpo acartonado del Entierro Sardinero, el Conde de Floridablanca enhiesto en su pedestal mirando de reojo entre la fronda a las zagalas que toman el coche de línea, San Vicente Ferrer predicando desde su balcón a moriscos y pasotas, y muchas cosas más, de ayer y de hoy: las que han hecho a esta ciudad anárquica, amable, indolente, laboriosa, paseable, aquietadora, bulliciosa, deliciosamente contradictoria, ni mejor ni peor que otras, pero que para los de aquí es, en el fondo, el único sitio donde, de verdad, merece la pena el trabajo de vivir.

Tras del noble pórtico de unas líneas admirablemente cinceladas por Carmen Conde vienen los sonetos redondos y sonoros, con el acento antiguo de los grandes clásicos que ha escrito Muñoz Barberán. El pintor, en plan renacentista, se nos ha metido a poeta y ha tejido para este libro una guirnalda de rigurosos endecasílabos; catorce pinceladas justas para gloriosar cada mirada sobre el trasmano de la ciudad.

Viene la obra engalanada con una espléndida serie de dibujos y litografías donde conviven, en amigable contrapunto barroco los estilos de ambos autores. El trazo firme y preciso de Muñoz Barberán atisba y magnifica el grácil esorcio de las torres, la gentil armonía de los tejadillos, el apretado bullicio de la gente. La línea volandera de Molina Sánchez asienta en perfiles voluptuosos, en suavísimas curvas que se quiebran en aéreos allegrettos para esbozar la perenne primavera inmarcescible de sus figuras.

ANTONIO DIAZ BAUTISTA